



PORTO-FERRAJO.— La ciudad baja y la fortaleza del Halcón.

## CAPÍTULO IV

## LA PIEL DE ZORRO Y LA PIEL DE LEÓN

Nuevos palacios en Porto-Longone y Río.— Llegada de Paulina Borghese.— Las veladas de los Molinos y el juego del Emperador.— El teatro de Palacio y el teatro de la Academia.— Las primeras preocupaciones.— ¿Deportación ó asesinato?— Decrepitud imperial.— El 1.º de Enero de 1815.— Aumentan las inquietudes.— Penuria de dinero.— Sublevación de Capoliveri.— Deserciones en el ejército.— Naufragio del *Inconstant*.— Cansancio general y esperanza de mejores días.— Napoleón inspecciona la «Casa rústica» y organiza un tren de caza.— El Carnaval en Porto-Ferraio.— La marcha.

Partida la condesa Walewska, el Emperador dejó Monte-Giove y fué á residir en Porto-Longone, á donde llegó el 6 de Septiembre, instalándose en la ciudadela española, que, según planos en suspenso desde el mes de Junio, mientras llegaba María Luisa, había de convertirse en palacio. El alcalde de Porto-Longone fué nombrado intendente general de dicho palacio, desempeñando las funciones de conserje, conservador del moblaje é inspector de jardines, con un jardinero y un portero á sus órdenes, y el haber anual de 600 francos.

Lo de «conservador del moblaje» era un título puramente honorífico, pues aquel viejo y espacioso caserón estaba desamueblado. El Emperador mandó traer de Marciana sus tres camas de hierro; de Porto-Ferraio dos tapices y dos jarrones de alabastro, y en Pisa mandó comprar sillas lo más elegantes posible, á cinco francos una, así como sofás y butacas de precio proporcionado. Devolvió por demasiado caros otros muebles más lujosos que le había enviado un almacenista de Liorna.

Las habitaciones de María Luisa quedaban en proyecto. En su arreglo general y en el aposento del Emperador se gastaron 8.277 francos; en el de Leticia, 497; en el de Bertrand, 376, y en las cabañerizas, 250. Total, 9.400 francos (1).

El Emperador levantó en su aposento un mirador de cristales, en donde permanecía horas enteras contemplando las olas. A lo lejos columbraba la costa de Italia, que se perdía hacia Ostia y Roma (2).

La fiesta de la ermita de Montserrat, á la que acudían anualmente peregrinos de todas las poblaciones de la isla y aun de Italia, le sirvió de distracción durante su estancia en Porto-Longone, de donde salió del 20 al 25 de Septiembre.

Como la estación adelantaba y la temperatura era ya más soportable, volvió Napoleón á la capital, no sin antes ordenar á los albañiles que construyeran un quinto palacio en Río, á cuyo efecto dispuso del edificio de la administración de las minas, el mejor de la comarca, del que Pons quedó nombrado gobernador. «¡Gobernador de mi propia casa!» exclamaba el infeliz, desposeído de su habitación. El Emperador le aseguró que podía continuar viviendo allí mientras no encontrase otro albergue, y que no había prisa en ello. Pero cierta mañana llegó una nube de operarios para remover la casa, desde los sótanos al granero, echar abajo puertas y derribar tabiques, por lo que Pons hubo de largarse con su familia en medio de los escombros.

Otras preocupaciones planeaban sobre el espíritu del Emperador, y graves inquietudes apuntaban en el horizonte.

(1) *Correspondencia imperial*, 21.575, 21.584, 51.617, 21.630, 21.633, 21.635 y 21.648; *Registro de la isla de Elba*, núm. 75; DURAND, p. 253.

(2) Nada queda en Porto-Longone de las habitaciones imperiales. El mirador del Emperador es una de las torrecillas que subsisten en los ángulos de la ciudadela.



Por de pronto, el gobierno francés no pagaba la pensión de dos millones de francos, y con los 350.000 á que ascendían las rentas del patrimonio de la isla era imposible mantener el presupuesto según se había establecido. Los palacios de los Molinos y de San Martino costaban ya 109.600 francos, y el presupuesto de Guerra amenazaba pasar aquel año de medio millón. A fin de cubrir sus gastos, los de sus viajes, funcionarios y de representación, en una palabra, todo cuanto requería un porte de vida fastuoso, se vió obligado el Emperador á echar mano de sus reservas. Por poco que la situación se prolongase, iba á quedar vacía la caja. Reclamó en vano, pues Francia daba la callada por respuesta sobre este punto, como Austria sobre el de María Luisa.

Además, empezaban á derramarse sordos y siniestros rumores. Se decía que Europa, una vez restablecida la normalidad, se preocupaba nuevamente de él y se arrepentía de no haberle puesto en sitio más á propósito para la tranquilidad general. Elba estaba demasiado cerca y podía provocar una vuelta ofensiva. Era preciso sacarle de allí y conducirle más lejos. Esto sólo eran rumores, tal vez inverosímiles, pero poco tranquilizadores para el porvenir.

\*  
\* \*  
\*

En medio de estas inquietudes se reanudó en Porto-Ferraio la vida oficial.

El 1.º de Noviembre regresó de Nápoles Paulina Borghese, para quien su hermano había despachado á Civitavecchia el brique *Inconstant*. Su llegada fué de gran alivio para el Emperador y motivo de alegría para todos, por la fraternal ternura y riente afabilidad de la princesa, que se juzgaba dichosa en hacer felices á cuantos con ella se relacionaban (1).

Parecía la legendaria mujer de los poetas, puesta en la tierra para seducir á la humanidad, y los más descontentadizos confesaban que era de «perfecta pasta humana».

(1) *Correspondencia imperial*, 21.633; PEYRUSSE, p. 261; *Carta de Leticia á Luciano*, citada por LARREY, II, p. 86; PONS DE L'H., p. 353.

Pedía perdón á sus criadas por los accesos coléricos de su nervioso temperamento; era generosa hasta la prodigalidad, y se envejecía legítimamente de la hermosura de su cuerpo, hasta el punto de que sin reparo se desnudaba ante los escultores que inmortalizaron sus formas en las medallas acuñadas en la Casa de la Moneda de París, que la representan triplemente desnuda, como alegoría de las tres Gracias, con esta inscripción: PAULINA, HERMANA DE AUGUSTO, NUESTRA HERMOSA REINA.

Era la dulce, pero antojadiza Astarté, que irrita ó calma los deseos y engendra y consuela los pesares.

Amaba con ternura al Emperador, y en público le besaba en los labios, según costumbre corsa.



Vista panorámica de Río Montaña.

Por agradecimiento á cuanto le debía, se prestaba sumisa á sus menores caprichos, pueriles á veces, sin pensar en quejarse. A este propósito decía: «Si él hubiese querido pegarme, yo hubiera soportado los golpes por darle gusto.» Tenía fama de habilísima embajadora, y acababa entonces de reconciliar á su hermano con Murat (1).

La vuelta de Paulina y el placer de admirar de cerca tan ilustre beldad consolaron á los elbenses de la ausencia de María Luisa, cuyas habitaciones, en el primer piso del palacio de los Molinos, ocupó Paulina, quien tuvo que someterse á costumbres más severas, cual convenía á la dignidad de una corte de destierro, á un hogar azotado por la desgracia.

Las veladas, presididas por Leticia (que durante el día se ocu-

(1) *Correspondencia imperial*, 21.633; PONS DE L'H., p. 376; CHABOULON, t. I, p. 128. LAS TRES ISLAS NAPOLEÓNICAS. — 65.



paba en labores de tapicería, rodeada de ovillos de lana y de los retratos de sus hijos, puestos sobre el velador), consistían en partidas de ajedrez, naipes y dominó. El Emperador tenía por compañeros cotidianos á su madre ó al general Bertrand, y á veces eran admitidos algunos íntimos á estas partidas de juego, cuya monta no pasaba de dos napoleones.

El Emperador no quería perder, porque lo consideraba de mal agüero, y hacía trémpas de que nadie osaba quejarse. Tan sólo Leticia, que no desdenaba recoger sus ganancias, se mordía los labios al ver que se le escapaba el dinero. Su hijo se divertía con ello, y redoblaba las trampas hasta el punto de hacerla exclamar, á despecho de la etiqueta, con aquel acento cómico cuyo resabio conservaba: «¡Napoleón, os equivocáis!; estoy segura.» El Emperador revolvía entonces las cartas, tomaba el dinero y se iba á su cuarto. Al día siguiente mandaba devolver el dinero á los expoliados con excepción de su madre, y si ésta reclamaba, respondía él: «¡Bah, madre!; sois más rica que yo (1).»

Ordinariamente, el Emperador se retiraba á las nueve (2). En cuanto daban en el reloj, se acercaba al piano, y con el índice tocaba las siguientes teclas:

*Do, do, sol, sol, la, la, sol, fa, fa, mi, mi, re, re, do.*

Terminado este concierto, saludaba y se iba á dormir.

Algunas noches sacudía el letargo de aquellas veladas con la relación de un hecho de su historia, de una batalla, de la campaña de Francia. Exponía los motivos de su vencimiento, los errores y faltas que lo habían determinado. Resucitaba los sucesos, se animaba al hablar, recurría al juicio de los siglos venideros, y terminaba diciendo: «¡Estaba escrito!» Mientras hablaba, todos se estremecían. Campbell se figuraba verle de nuevo en el campo de batalla, dando órdenes á sus generales, impeliendo á sus soldados y reconciliándose con la victoria, ó bien reuniendo sus buques en Boulogne, lograba atravesar el estrecho é invadir la Gran Bretaña. Algunas veces el Emperador

(1) Tuvo Leticia la precaución de ahorrar en los años de prosperidad una cuantiosa fortuna, que diversas veces ofreció á su hijo en las horas de penuria. Al morir poseía aún cerca de tres millones de francos. (LARREY, t. II, p. 495.)

(2) Ya hemos dicho que se levantaba antes de salir el sol.

demostraba deseos de discusión, pero si alguien le contrariaba se irritaba y prorrumpía en frases mortificantes. Entonces callaban todos, se apaciguaba él y alargaba la mano á quienes había mortificado, diciendo: «Hemos hecho como los enamorados. Nos hemos enfadado. Pero los enamorados se reconcilian y se quieren todavía más. Buenas noches, y que no haya rencor.» Unos aceptaban aquella reparación de las frases duras, pero otros quedaban secretamente resentidos.

Aparte de estos pasajeros arrebatos, las veladas se sucedían monótonas y glaciales. Paulina vino á alegrarlas y á hacer brotar de ellas su gozo de la vida. Como todos los temperamentos nerviosos, pasaba de un extremo á otro, tan pronto abatida como animada, y si un día se postraba en un sofá, al siguiente se retorció de placer, hasta otra recaída. Con motivo de su vuelta dió el Emperador un baile, en el que la música de la Guardia tocó la Marsellesa, y como Paulina era apasionada por la danza, siguieron otras recepciones.

El Emperador exigió de su hermana que no se recargase de pedrería, á fin de que las señoras elbenses no palidieceran á su lado, pero aun esta sobriedad de galas bastó para ofuscar la vista de los concurrentes (1). Organizó luego Paulina comedias de sociedad, que se representaron en el espacioso salón del entresuelo, dividido en dos por un biombo desmontable y destinado á servir de sala de espectáculos, comedor y billar. Oficiales y clases de buena voluntad, escogidos entre los más á propósito, sirvieron de actores, y no faltaron actrices entre las amigas y señoras de compañía de Paulina, que también desempeñó algún papel. Tal fué el teatro de Palacio. Se representaron, entre otras piezas: *Las infidelidades fingidas* y *Las amantes locas*. Las sonoras carcajadas de la princesa Borghese excitaron otras tan ruidosas, y todas pusieron en alegría la triste morada (2).

Por espíritu de imitación quiso entonces Porto-Ferraio tener un teatro, y el Emperador recibió una solicitud en súplica de que concediese un edificio á propósito. Napoleón, que no pensaba en castigar el presupuesto, cedió una antigua iglesia que servía de almacén militar. A fin de subvenir á los gastos, se emitieron acciones, y las familias

(1) LABADIE, p. 54; PONS DE L'H., p. 262; LABORDE, p. 41.

(2) MONIER, p. 56; PONS DE L'H., p. 239; *Correspondencia imperial*, 21.578; *Registro de la isla de Elba*, núms. 27 y 113.